



*Todas se llaman Alexa*

(Microdrama)

MARIO CANTÚ TOSCANO



<https://doi.org/10.32621/acotaciones.2017.39.07>

ISSN 2444-3948



El despertador es un escalofrío que me arranca la felicidad.

Un beso que prometía convertirse en sexo fue cortado de tajo y ahora estoy arrojada en el mundo prosaico de mi cama. Mi cama en el cuarto. Mi cuarto en un pequeño duplex. El duplex en un condominio clasemediero a 5 minutos de la oficina que me espera.

Bajo mis pies y casi aplasto al Chester. Aunque los perros tienen un oído 10 veces superior al de los humanos, Chester no reacciona nunca con mi despertador. «Misterios de la naturaleza», pienso.

Al salir de bañarme, mi ropa y la comida ya me esperan. No. No vivo con nadie. No tengo señora del aseo ni marido ni nada. Tengo la costumbre de elegir mi ropa y hacer mi comida desde el día anterior. Hoy toca la falda Versace y macarrones con queso.

Todavía pienso en el beso que quedó interrumpido por el despertador. No recuerdo el rostro. Quizá era Damián, pero eso no importa. ¡Damián!

Le mando un mensaje a Damian: «Buenos días, amor» y una carita feliz. Send. Pienso un segundo y vuelvo a teclear: «Amanecí mojada porque soñé contigo», carita de un diablo sonriente. Send. A los cinco segundos ya tengo su respuesta.

Mucho tráfico.

Tomo la vía alterna: hay muchos parques y eso me gusta.

También hay un terreno baldío donde siempre veo a un indigente. Quizá viva ahí. Siempre está ahí.

Pienso que Guadalajara es un buen lugar para los indigentes, hay muchos terrenos baldíos y siempre hace buen clima.

Otro mensaje de Damián. Lo contestaré cuando llegue al semáforo.

La oficina es normal.

Los cubículos forman un panal con un murmullo tranquilizante.

Eso es la civilización. un murmullo que te tranquiliza.

Yo soy la abeja reina. Lo sé. Lo pienso. No lo digo, no soy presumida, pero lo sé.

Todos lo saben. Yo lo sé. Ellos lo saben. Mi ascenso vendrá pronto. Ellos lo saben. Yo lo sé.

Paso y me miran las nalgas. Me gusta que me miren las nalgas. Lo pienso, pero no lo digo. Si me preguntaran, respondería que es un

insulto, que me siento un objeto, que los hombres son una porquería. Pero me gusta que me miren las nalgas. «Yo te traigo el café, Sofía», me dicen. «¿Quieres que te saque las copias?» Y todos me saludan de beso con la esperanza de rozar mis senos. No lo digo, pero lo sé. Soy la abeja reina de este panal.

Siempre salgo temprano. Siempre termino antes que todos. Quizá porque todos me ayudan a hacer mi trabajo. Quizá porque soy eficiente. Soy la abeja reina. Me gusta salir temprano porque me da tiempo de ir al gimnasio. Me gusta ir al gimnasio porque me ayuda a ser la abeja reina y que todos me ayuden a salir temprano. Pronto vendrá mi ascenso. Ellos lo saben. Yo lo sé. El instructor del gimnasio es chaparro y musculoso: me da no sé qué. Aquí también todos me miran las nalgas. Más de uno me ha querido ligar. Me desean y eso me pone cachonda. Le mando un mensaje a Damián.

Esta noche no vendrá.

Esta noche no.

Estoy preparando mi mudanza. Será pronto.

Encontré el departamento de mis sueños: una vista increíble, walking closet y una cocina preciosa.

Me estoy preparando poco a poco: soy muy organizada. Soy una abeja reina.

Saco una caja de papeles viejos, recortes, recuerdos, fotos y pulseritas tejidas.

¡Zaz! ... Siento que una aspiradora me succiona y me arroja 18 años atrás. Una tarjeta de cumpleaños de sexto de primaria. «Cuando seamos viejitas, así como de 30 años, vamos a seguir siendo amigas. Yo voy a ser como tú. Yo voy a ser tú. Feliz cumpleaños. Alexa.»

Alexa.

Alexa era una niña que olía a fracaso. No era fea ni era estúpida, simplemente estaba desprovista de cualquier atractivo. Su presencia nos molestaba. Entonces no sabíamos por qué, pero con los años entendí que la razón era muy simple: nos recordaba que la vida no tenía sentido, que en el plano universal la vida humana no significa nada. Alexa era un recordatorio constante de los pequeños e inútiles que somos para la

grandeza del universo. Alexa era la representación viviente de lo miserable que somos. Alexa me seguía como una alergia y quería ser como yo. Hablaba de lo mucho que se identificaba conmigo y eso me hacía encabronar. Cada vez que se vestía como yo, que imitaba alguna de mis frases o mis ademanes, cada vez que me decía «somos muy parecidas», sentía que me abrían el pecho y me rellenaban con odio. Así como rellenan los muñecos de peluche o los animales disecados, así me rellenaban con odio hasta quedar hinchada.

Pasó una semana. Mi cumpleaños número 30.

Mensaje de Damián. Me felicita.

No es muy efusivo, pero quizá está guardando las fuerzas para el sexo salvaje que nos espera hoy por la noche.

En la oficina tienen la costumbre de adornar el escritorio del cumpleañosero y a media mañana llevarle un pastel.

Siempre llego temprano, pero hoy me demoro a propósito para darles oportunidad de que arreglen mi escritorio.

El indigente está ahí como todos los días. Voy despacio para hacer tiempo. Incluso me detengo por un café. Uno grande que me dure hasta que llegue el pastel.

Camino entre los cubículos de mi panal. Nadie se asoma. Nadie me mira las nalgas. Pienso que disimulan. Paso tras paso, acelero. ya quiero ver mi... ¿Qué pasó? Mi escritorio está normal.

Estoy confundida. Quizá preparen una sorpresa más grande.

El panal hoy es un avispero. Más agitada de lo normal. Preparan algo grande. De reojo alcanzo a ver que alguien cruza con una gran caja de pastel.

«Sofía, ven al pastel.» Se acordaron. Pero todavía finjo sorpresa. «Es para la nueva chica, acaba de lograr una cuenta trasnacional increíble. El jefe quiere celebrar.» Si antes fingí sorpresa, ahora no sé cómo hacer para ocultarla.

Yo no conozco la envidia ni los celos. No sé cómo lidiar con esto. Me hago pendeja en los pasillos. No sé cómo no ir. No quiero verla. No quiero celebrar. Este día se debe tratar de mí, no de alguien más. No debo ser envidiosa. No debo ser egoísta.

Voy al baño para practicar la sonrisa, pero no me sale. La gente regresa a sus lugares y murmura. Insinúo que quiero un café, pero nadie me lo ofrece. Insinúo que necesito ayuda, pero nadie me voltea a ver. Pendejos. Yo soy la abeja reina.

Falta una hora para salir. No sé cuál es su cubículo, pero lo sospecho. Rondo. Pregunto por un compañero. Nadie me mira las nalgas. Esto no está bien. Reconozco la caja del pastel sobre un escritorio. Ése debe ser. No hay nadie, pero hay papeles en desorden, aún está su bolsa y la computadora sigue encendida. Se activa el protector de pantalla y, entre líneas cutvas de colores, aparece un nombre: Alexa.

No. Hoy al gimnasio no.

Chester me lame las manos y yo tengo ganas de darle un chingazo en el hocico.

No me debo desquitar con él.

Damián aparece con pizza, vino y pastel, pero yo hago que pasemos directamente al sexo.

Necesito sentirme sexy.

Damián se vuelve loco cuando le chupo los testículos. Nada mejor para sentirte sexy y poderosa que volver loco de deseo a un hombre. Damián gime y va a explotar. A Damián le gusta mi nombre. Siempre lo grita. Lo acaricio y dice mi nombre, lo beso y piensa en mi nombre. Me monto sobre él y grita mi nombre.

Hoy no lo gritó. No sé qué mierda pasa. Varias veces quiso hablar, vi un nombre en la punta de su lengua, un nombre se asomó entre sus dientes, pero no salió. ¿No quiso decir mi nombre? ¿O no quiso hablar porque quizá se le saldría otro nombre?

Ya tengo todo en cajas. La mudanza está casi lista. Sólo falta dar el primer mes de renta.

Damián sigue raro. Muy caliente, pero muy raro.

En la oficina hablan de la nueva chica. Yo me siento gorda. Gorda no: rellena de odio. Soy un tamal de odio. Todos la ven menos yo. Literalmente no la puedo ver. Nunca me la topo. Y cada que alguien habla de ella siento que un *alien* saldrá de mí cantando una canción de Lupita D'Alessio.

Mensaje de Damián. No sé de qué me habla. No le voy a contestar. Inmediatamente llega otro que dice «Sorry, no era para ti». Tengo que

contestar. No sé qué escribo, pero termino con la frase «mi amor» en mayúsculas. Él sabe que está en problemas.

Hoy tampoco habrá gimnasio. Voy con la rentera para dar el adelanto. «Preciosa, perdí tu número y no te había podido localizar. Aquí está el cheque de tu depósito. Me ofrecieron más y como no te reportabas...» No sé qué tanto digo, sólo alcanzo a comprender que estoy manoteando. No sé qué digo, pero sé que mi cara se ha transformado. No sé quién soy. La rentera da explicaciones, pero yo no entiendo ni quiero entender. Ella se molesta y azota la puerta. Bajo las escaleras tratando de acordarme de las palabras que ha dicho. Un momento. ¿Dijo Alexa?

Llego a la casa y la puerta está abierta. ¿Yo la dejé abierta? ¿Dónde está Chester? ¿Quién dejó abierta la maldita puerta? Yo no pude dejarla abierta. Yo no. Yo no.

Damián llega con flores. «Es tu culpa, por tu culpa Chester se escapó», le reclamo.

Damián no entiende. Yo tampoco entiendo, pero sé que es su culpa. Él sabe que no es su culpa, pero tiene culpa porque no me contradice. Me ayuda a hacer carteles.

Vamos pegando carteles por toda la colonia.

Damián recibe mensajes, pero se hace pendejo. Ni siquiera voltea a ver de quién son. Yo lo sigo culpando de todo, de cosas que no entiende. Él apaga su celular.

Tres días y Chester no aparece. Recibo llamadas que dan pistas falsas. Estoy triste. No,

triste no. Soy un globo. Soy un globo lleno de odio. Un odio caliente y siento que voy a salir flotando en cualquier momento. Siento que el odio me llevará hasta el mar y ahí reventaré con tanta fuerza que el mundo se llenará de odio y vendrá al Apocalipsis.

Mientras odio, Chester no aparece.

Mientras odio, otra tipa se lleva el ascenso que era para mí. Todos sabían que era para mí.

La gente me mira mientras odio.

Damián me hace el amor y yo le hago el odio. Ya no grito de placer, grito de odio.

Odio mi vida porque es pequeña. Odio mis nalgas porque no despiertan erecciones. Odio mi cuerpo lonjudo porque se ha hinchado de comida y odio.

Damián pierde la erección. Yo lo golpeo con odio porque él también odia mi cuerpo y mi aliento de café y vergüenza. «Lo siento, nunca me había pasado. Te lo juro que no sé por qué fue, Alexa.»

Nos miramos con cara de «valió verga». Él lo sabe. Yo lo sé. Él se viste porque lo sabe. Yo no sabía que mi vagina pudiera sentir odio.

Tomo las llaves de carro y voy al departamento que debería ser mío. Todas se llaman Alexa. ¿Todas se llaman Alexa? ¿Todas o es una? Voy odiando mientras manejo. Manejo mientras odio. El indigente sigue en el mismo lugar y él me mira por primera vez. Sólo un segundo, pero alcanzo a ver en sus ojos que él también se llama Alexa. Una señora pasea a su bebé en una carreola y ese bebé se llama Alexa. Odio a Alexa porque es pequeña y miserable y me recuerda que yo soy pequeña y miserable. Lo único que me hace grande es mi odio. Mi odio me hace superior a todos los seres. Soy más grande que el universo porque estoy llena de odio.

Llego frente a la puerta. No sé cómo. Voy a tocar, voy a averiguarlo de una vez por todas. La puerta está abierta. «¿Hay alguien en casa?», digo con mi voz llena de odio. Nadie responde, nadie sale. Vuelvo a llamar y de la nada aparece una perrita que me muerde el tobillo. Muerde con odio. Sus pequeños colmillos son puro odio. No me puedo zafar. Quiero golpearla, pero no puedo. Una voz la llama: «Alexa, deja en paz a la señorita».

Copyright: © 2018. Este es un artículo abierto distribuido bajo los términos de una licencia de uso y distribución Creative Commons 4.0 Internacional (CC BY 4.0)